

El juego en el TEA

Maria Camila Mora

Me gustaría empezar con una cita de un escritor maravilloso que vivió una buena parte de su existencia en sanatorios, y que por lo tanto era un experto en umbrales de la conciencia. Se trata de Robert Walser, quien estando en uno de esos centros de salud, en los últimos años de su existencia, escribió en una de sus infinitas hojitas prácticamente indescifrables (tanto, que se llegó a pensar que estaban redactadas en un lenguaje desconocido, o en alguna especie de escritura antigua):

“El niño es absolutamente él mismo, nada más... Un adulto nunca está tan solo como un niño solo, pues este todavía desconoce la soledad. Porque cuando me digo que estoy solo, mi conocimiento ya me hace compañía... ¿Es esa soledad absoluta del niño lo que nos conmueve?” (Escrito a lápiz, tomo III).

Cada vez la experiencia del TEA nos evidencia que el juego que allí presenciamos es un juego con un valor terapéutico, que en algún punto nos repara a todos. El juego que presenciamos en el TEA tiene una trascendencia cuya evidencia desmiente las aproximaciones que lo ven como simple pasatiempo, entretenimiento. Se trata siempre de un juego creativo e imaginativo, objeto de una muy relevante carga afectiva. ¿Cuál es su especificidad, que no obstante su pertenencia al orden de los juegos, lo separa de ellos para hacer de él un juego de esa naturaleza tan especial?

Algunos elementos esenciales de su naturaleza hacen de él un juego particular: para empezar, se trata de una actividad que se realiza, en cierto y preciso sentido, en solitario: cada niño en su caja, sin contendor, adversario, compañero ni contraparte, aunque en presencia de un adulto dedicado a él, y rodeado por otros niños que juegan en silencio – cada uno ante su acompañante–, por otras parejas de niños y adultos que están en la misma situación, y por esa especial atmósfera silenciosa que nos dispone a mantener una actitud sensible y a presenciar una experiencia que con frecuencia percibimos sagrada.

Las reglas, además de la del silencio, son sencillas. La actividad del niño se desarrolla en medio de otros niños, y ante la presencia de un adulto que está allí para él. El hecho de que otros niños hagan lo mismo genera un ambiente de naturalidad, pese a lo novedoso, y además, por la experiencia que hemos tenido, es muy favorecedor que en el grupo haya, tanto niños especialmente en dificultades, como niños que no tienen en principio una

situación tan difícil. De esta manera, la composición del grupo puede servir para fortalecer la percepción (así sea del todo implícita) de que la actividad tiene o puede llegar a tener pleno sentido para cualquiera, cuando menos porque nadie (mucho menos un niño perteneciente a una comunidad frágil y vulnerable, por afortunado y fuerte que sea como individuo) está exento de tener que enfrentar situaciones de dificultad y crisis, siendo ello inherente a la existencia humana.

Otro elemento que es de subrayar con relación a la naturaleza especial del juego del TEA es, recordando su raíces, que se trata de un “juego del mundo”: las piezas no están predeterminadas en sus funciones, corresponden o representan todo lo posible: desde el reino mineral hasta los seres fantásticos, y el espacio de juego es un espacio acotado pero extremadamente maleable: hay en la caja un fondo o piso de arena, pero este elemento es movedizo y versátil. Así, las condiciones materiales con las que se cuenta permiten desde representaciones de la vida cotidiana hasta imaginaciones de naturaleza cosmogónica, donde el niño no está invitado por las condiciones a jugar éste o aquel juego, sino a crear en libertad cualquier situación que él quiera o necesite expresar como significativa. Puede, por lo tanto, dar libre curso tanto a la compensación (a partir de la cual recuperar el equilibrio perdido, según una necesidad intrínseca al psiquismo) como a la potencia simbolizadora (apropiándose de esa manera de sus posibilidades de proyección en la creación de sentido).

De acuerdo con Jaak Panksepp –el neurocientífico del cual Eva Pattis ha retomado algunos aspectos–, en la edad infantil el juego corresponde a una actividad necesaria para el sano y pleno desarrollo del cerebro, y las circunstancias en que el niño ve impedida la posibilidad de practicarlo pueden tener consecuencias difíciles de superar en la vida futura. Dicha imposibilidad puede estar representada, en especial, por la carencia de un vínculo que le ofrezca seguridad y le permita liberar su energía exploratoria en dirección al mundo, así como desplegar sus posibilidades de inserción y co-creación de este. Por ello, la ausencia de un sistema de apego satisfactorio, de una clara “orientación afectiva”, por así decirlo, no se mantiene restringida dentro de esas fronteras precisas, sino que afecta la integración misma de la realidad por el niño, es decir la disposición a establecer relaciones con el mundo (como perteneciente al mundo).

Es en especial en esa situación que el TEA puede tener un efecto reparador o restaurador, puesto que el facilitador/voluntario representa, así sea en un nivel simbólico, la presencia del otro, y de un otro connotado tanto por su exclusividad (está allí para mí) como por su gratuidad (cuento con él porque sí): es, pues, una oportunidad para redescubrir la confianza en la presencia del otro, y eventualmente para establecer, a través del saludo,

de monosílabos, de gestos y actitudes, un principio de relación real, ya no solo simbólica. Además, cualquier experiencia que el niño haga, referida a las condiciones y estructura de la actividad, puede apreciarla y reconocerla en el espejo de los otros que con él participan en el juego, en el marco de un ambiente de serenidad y naturalidad que impacta siempre a quien (facilitadores/voluntarios, acompañantes, etc.) no hubiera podido imaginar y esperar esa actitud por parte de niños en muchos casos señalados como conflictivos, indisciplinados, bulliciosos, desordenados, caóticos. De ahí que la activación del *sistema de cuidado*, y su eventual redescubrimiento gracias al TEA, pueda resultar decisiva para que el niño recupere un equilibrio que le permita multiplicar sus opciones de juego, aprendizaje y relación con la vida.

El juego es un campo o ámbito de exploración que hace posible la constitución misma de lo específicamente humano: el “ámbito transicional” no tiene edad, es una especie de puente entre lo informe y lo dotado de sentido, condiciones entre las cuales se mueve el ser humano a lo largo de toda su existencia. Ahora bien, el juego auténtico es extremadamente serio, y lo es porque aun el niño sabe o intuye que no es un simple pasatiempo (una manera de matar el tiempo, de aguardar a la espera de una vida plena, madura, consciente, responsable...), una simple distracción (que lo proteja de las preocupaciones del adulto), como tampoco un entrenamiento en las destrezas que servirán el día de mañana: el juego es un regulador de la identidad (siempre en proceso, siempre provisional) individual y colectiva, un ámbito de experiencia en el cual se “seleccionan los sentidos cargados de valor”. En esa dimensión, no es sólo un ligero y pasajero fantasear, sino un poderoso y perdurable imaginar nuevas fronteras de la realidad humana, carente por sí mismo de una constitución definida de una vez para siempre. Por eso, restablecer la capacidad (y para ello las condiciones) de juego en el niño no equivale simplemente a favorecer su esparcimiento, sino a preservar la dimensión o esfera más constitutiva de su ser, y con ello, a proteger en él una condición de plasticidad generadora o productora de realidad que es indispensable para la vida libre y auténtica del ser humano.

En ese marco, el TEA le ofrece al niño la oportunidad de elaborar libremente sus vivencias, de objetivarlas en el espacio intermedio del juego, de encontrar un ámbito en el que puede “poner fuera de sí” sus experiencias psíquicas, dándoles forma para sí mismo, ante todo, pero además y a la vez encontrando por ese camino un principio de comunicación con los otros. Haciendo la importante aclaración, basada en la experiencia, de que el nivel de involucramiento del niño en la actividad puede variar, y mucho. En efecto, se puede ir de lo puramente recreativo y reiterativo (en donde se puede asistir incluso a representaciones tediosas, aprendidas y copiadas), pasando por lo genuinamente

imaginativo, hasta llegar a lindar con lo artístico. Lo cierto –por constatado– es que la actividad puede llegar a ser un lugar de expresión (con una evidente evolución o, cuando menos, transformación a lo largo de las sesiones) de necesidades psíquicas profundas. Es posible que el niño, en el curso de las sesiones, realice un proceso que favorezca su desarrollo cognitivo, coincidente con su edad y perfectamente reconocible, llegando a regular el juego (al comienzo a lo mejor no le cabían las cosas en la caja, o no le alcanzaba el tiempo, o era más lo que deshacía que lo que hacía, o la indecisión sobre qué traer lo cohibía...), y ello gracias a su solo esfuerzo protegido. Todo esto dicho para que los facilitadores/voluntarios recuerden o tengan presente a qué arco de situaciones se pueden tener que enfrentar.

En el caso límite del trauma, hay que recordar que este no se expresa si el niño no dispone de un espacio protegido. La posibilidad de que él encuentre en sí mismo la presencia de ánimo para hacerlo, debe ser correspondida por un lugar abierto capaz de acoger su expresión, y para el niño no hay nada más natural que expresarse mediante el juego. A lo que contribuye sin duda que otros niños estén haciendo lo mismo, y que se haya constituido un espacio/oasis de cuidado y libertad para hacerlo. En ese espacio compartido los niños encontrarán una invitación a redescubrir la producción de sentido, cada uno inmerso en el restaurador ritual, a la vez individual y comunitario, definido por el silencio fértil, la protección, la atención, la participación, la expresión. Sobre la base de esa renovación de las capacidades, de la potencia del niño, éste, repitiéndola y consolidándola, podrá encontrar en sí mismo recursos psíquicos para elaborar sus intereses y necesidades vitales, haciendo de su experiencia de esa potencia desplegada una condición permanente y estable de participación y de relación consigo, con los demás y con el mundo.

No sobra decir que, frente a las preguntas que nos interrogan y con ello nos motivan en la reflexión y en la práctica del TEA (y que se refieren a su pertenencia al ámbito de lo terapéutico: es decir, a su pertinencia terapéutica, y a las especificidades de su método, su implementación y sus alcances psicológicos), la experiencia nos confirma que se trata sin duda alguna de una actividad que puede llegar a tener (como lo demuestra la experiencia), como mínimo una gran significación para el niño: niños que viven en medio de la desatención y la indiferencia, o asediados por la agresividad, pueden llegar a descubrir y a tener la memorable vivencia de una situación/realidad (el borde o condición de la actividad lúdica) que les garantiza protección, atención, libertad de expresión. Todo lo cual, más allá del momento de alegría, puede despertar en ellos una conciencia implícita de que otro orden cotidiano y otro equilibrio psíquico, otra regulación emotiva y existencial son realmente posibles, porque en efecto ahora les consta que así es.

Para terminar, cabe referirse al desafío de articular y alcanzar un equilibrio entre nuestros deseos más naturales e instintivos o impulsivos de protección, participación y amor, y las asperezas del trabajo de comprensión real, reflexión comprometida, resistencia a lo espontáneo y fácil, a lo inmediato y dado por descontado. Porque un niño es, para empezar, una responsabilidad. Y, siempre para empezar, un enigma por descifrar.

Finalizo leyendo las palabras que nacieron en una voluntaria luego de acompañar a “su niño” (porque sabemos que no hay otra forma más sentida de llamar a los niños):

Desde el primer momento sentí una enorme emoción ante su sensibilidad, su seriedad y su compromiso para trabajar.

También me impactó su sufrimiento y su timidez, que me angustiaron mucho en las primeras sesiones, sabiendo su historia de niño abusado por su padre y con una madre con un supuesto retraso mental.

Esta posibilidad terrible que parecía reflejada en su actitud de tremenda timidez y vergüenza, hizo que mis sentimientos hacia él tuvieran un monto de angustia y preocupación, más allá de sus logros y sus cambios.

Su modo de presentarse siempre, con ropa muy usada y desteñida, pero absolutamente limpia, su entusiasmo que lo llevó de entrar último en la primera sesión a primero en muchas posteriores, me enternecían.

El hecho de sentir que para él su trabajo en la caja era algo enormemente valorado, algo “sagrado”, me hizo entrar en una enorme empatía o sintonía con él, quedándome siempre muy conmovida al terminar las sesiones.

Lo que fue prevaleciendo fue un sentimiento de “orgullo” o de dar un valor a las capacidades que fue mostrando, su dignidad, su compromiso, su calidez, su habilidad. Todo ello me hizo sentir que él contaba con herramientas interiores para enfrentar su vida.

Al finalizar, experimenté un sentimiento de paz y de algo muy fructífero realizado.